

Preguntas sobre Perú en el mundial

GABRIELA RAMOS



JAVIER PUENTE,



PAULO DRINOT



ADRIÁN LERNER



ANDREA ROMÁN



El presente número de la Revista Argumentos inició su proceso de edición poco tiempo después de la clasificación peruana al mundial. Como es conocido por todos, este fue un momento de enorme entusiasmo, considerando lo que implicaba en términos deportivos clasificar al máximo torneo del deporte más popular del país después de 36 años. Junto a ello, esta coyuntura llamó mucho la atención por la aparición de manifestaciones y símbolos de orgullo nacional de manera ampliamente extendida. Se trató de un espacio de fervor generalizado, el cual aparentaba ser compartido por la enorme mayoría de la población, a pesar de la fragmentación que tradicionalmente ha caracterizado al país.

Si bien los artículos que componen la sección central de este volumen responden a algunas de las vinculaciones entre fútbol y sociedad que están detrás del entusiasmo generado por este deporte, pareció pertinente profundizar en algunos de estos temas de manera más directa aprovechando la coyuntura.¹ En concreto, planteamos preguntas cuyo objetivo era entender qué nos podían decir las celebraciones en torno a la clasificación al mundial respecto a los cambios (y permanencias) de la sociedad peruana, o, más bien, hasta qué punto lo visto en esta coyuntura podía considerarse realmente un reflejo de la realidad nacional. Buscando una visión que pueda identificarse con la euforia deportiva nacional, a la vez que ofrezca

¹ Estas preguntas fueron planteadas pocos días después de la clasificación peruana al mundial. En términos de sucesos políticos, algunas respuestas (i.e. Paulo Drinot) se recibieron previo a la concesión de indulto a Alberto Fujimori, mientras que otras se dieron pocos días después (i.e. Javier Puente). En todos los casos, se recibieron las respuestas previo al proceso de vacancia y posterior renuncia de Pedro Pablo Kuczynski



Imagen: cronicaviva.com.pe

una mirada relativamente «desde afuera», recurrimos a investigadores e investigadoras de ciencias sociales que residan actualmente en el extranjero (y hayan experimentado la clasificación desde allí). Aquí presentamos algunas de las reflexiones provistas por Gabriela Ramos, Javier Puente, Paulo Drinot, Adrián Lerner y Andrea Román.²

1. El fútbol siempre ha sido un deporte popular en el Perú, pero queda la sensación de que pocas veces vimos antes una efervescencia similar a la de las últimas semanas, ¿qué hay detrás de esta euforia? ¿Estamos un hecho coyuntural o ante el síntoma de procesos más profundos? ¿Podríamos verlo como un síntoma de que estamos atravesando un «momento nacionalista», de reconfiguración de las narrativas nacionales, similar (aunque quizás no en la misma dirección) al que vivimos en los años 70?

Gabriela Ramos:

Aparte de la popularidad del fútbol, los medios

de comunicación y la propaganda publicitaria influyen hoy en la gente de manera mucho más poderosa que antes. La euforia generalizada tiene su lado digamos que auténtico, pero también está dirigida y aumentada por el constante martilleo de la televisión, radio, prensa, redes sociales, etc. que han presentado el tema de la clasificación al mundial como si fuera la única aspiración legítima del país y casi la solución a todos nuestros problemas. El nacionalismo es una actitud muy arraigada en el Perú y se le considera una forma de ser aceptable y hasta admirable. Parece algo lógico en un país que tiene un arsenal ideológico de fuerte tinte conservador. Por lo demás, la historia del siglo veinte explica también que los países latinoamericanos sean bastante nacionalistas. No creo que estemos viviendo un momento especial de cambio, como parecía ser en los años setenta.

Javier Puente:

Lo que hay detrás son años de frustración y una menoscabada autoestima colectiva, producto de

² Con el objetivo de que cada investigador responda de la manera más libre posible, no se indicaron restricciones de espacio o de forma a ninguno de los entrevistados. Ello explica las diferencias de extensión en alguna de las respuestas.

la tragedia como hilo narrativo del imaginario histórico peruano. Enfrentándose a una historia de «derrotas», algunas reales y otras simbólicas, emergen discursos alternos sobre el presente que resaltan una axiología peruana que celebra, al menos, tres cualidades: la resiliencia a la adversidad, el emprendimiento y la creatividad. Antes del reciente éxito de la selección nacional de fútbol, la gastronomía peruana resultaba la materialización mejor articulada de un mito de armonía social, una renovada promesa de progreso. El cebiche y la huancaína, como el equipo de Gareca, se colocaban en las antípodas de la vilipendiada trayectoria histórica peruana, facilitando objetos culturales que supuestamente reposicionaban la peruanidad dentro del contexto internacional.

Luego de la clasificación a la Copa Mundial Rusia 2018, el fútbol peruano parece retomar un papel que ha ocupado en el pasado y que sigue cumpliendo en otras latitudes. En un mundo donde el nacionalismo ha sido frecuentemente sinónimo de violencia, la inocuidad de su variante futbolística permite una reafirmación espasmódica y episódica, pero virulenta de la «nación». Al celebrar con los triunfos o sufrir con las derrotas, ningún espectador toma en cuenta que tanto la FIFA como las federaciones o asociaciones nacionales son entidades privadas, sujetas a jurisdicciones sin arraigo estatal o nacional. Dentro de la cancha, luego del canto de los himnos, la nación entra en una guerra metafórica de donde puede salir mancillada o triunfante. Haber clasificado al torneo de selecciones más importante del mundo, por primera vez desde España 1982, vuelve a validar la existencia del Perú como proyecto nacional luego de largos años de profundas crisis en los cuales la ausencia en las Copas Mundiales era tanto la más trivial como la más simbólica.

La efervescencia nacionalista que se vivía en la década de los setenta solo se asemeja, en apariencia, a la que podemos estar atravesando actualmente. En ese momento, bajo el signo de una versión militarizada de revolución, el nacionalismo suponía —entre otras cosas— la expansión de la institucionalidad del Estado. En el espasmo nacionalizante del fútbol, como en el de la gastronomía, no solamente hay ausencia de cualquier referencia al Estado, sino que, al menos en el fút-

bol, la «injerencia estatal» es un atentado contra la integridad del proceso. Tanto el fútbol como la gastronomía han permitido alinear al nacionalismo con el neoliberalismo, sustrayendo al «Estado» del «Estado-Nación».

Paulo Drinot:

La verdad es que no sé si hay más o menos efervescencia que en otras oportunidades. He estado fuera del país casi todo el periodo de la eliminatoria, visitando de cuando en cuando, así que no creo que puedo juzgar. Mi principal fuente de información es la prensa, que leo a diario, y el social media, que leo compulsivamente. Pero, como dijo Lou Reed en *Last Great American Whale*, «*Don't believe half of what you see and none of what you hear*». No estoy seguro si el deporte produce un momento nacionalista, es decir, si aparece como un momento en el que una identidad, la nacional, se impone sobre otras, tales como identidades de clase, étnicas, regionales, etc. (para no hablar de las identidades que expresan afiliaciones a equipos locales), y sirve como andamio para la construcción de un proyecto de nación en el que la ciudadanía se siente interpelada y representada, y no sólo como un momento de efervescencia patrioter. Por un lado, sí, la gente se pone la camiseta, saca la bandera, canta el himno, etc. Pero eso es algo muy superficial y efímero. ¿Podemos decir que el éxito en la eliminatoria nos deja un país con un proyecto de construcción nacional? ¿Si hubiese una relación entre éxito en el fútbol y construcción de nación, sería Brasil el país que es hoy, profundamente polarizado en lo político, social y culturalmente excluyente, institucionalmente racista, con los niveles de desigualdad más altos del mundo? ¿O, pongámoslo de otra manera, es Alemania lo que es por sus cuatro triunfos en mundiales? Tampoco olvidemos que el otro momento importante de éxito futbolístico peruano, los años setenta, fueron la antesala al conflicto armado interno.

Adrián Lerner:

La respuesta simple es que, en las cuatro décadas anteriores, la selección no había clasificado al Mundial. La clasificación es la principal obsesión de casi todos los aficionados (y el lugar común más común de los no-aficionados) al fútbol peruano; se había convertido en una de esas frus-

tracciones deportivas colectivas de largo aliento, del estilo de las de los hinchas de un equipo que no gana por décadas. Además, ni siquiera habíamos estado cerca de clasificar en un buen tiempo. En los últimos treinta años, que además coinciden en buena medida con la masificación definitiva de la televisión en el país, solo ha habido cuatro o cinco eventos deportivos que hayan atraído interés comparable a los de los partidos finales de esta última eliminatoria. Entonces, sí se ha vivido el fútbol con efervescencia en décadas anteriores, pero simplemente no clasificábamos al mundial.

Por otro lado, la selección de fútbol y, en particular, la clasificación al mundial es también un elemento de un peso difícil de estimar, pero sin duda con pocos equivalentes en el arsenal simbólico del nacionalismo peruano. Habría que definir qué entendemos por nacionalismo, pero si se trata de la explosión del uso de símbolos nacionales, ciertamente estamos ante un «momento nacionalista». En ese sentido, puede ser interesante dejar de ver al fútbol como un epifenómeno de un nacionalismo entendido en términos mayores. La efervescencia futbolera (o, en otros contextos, la culinaria, por ejemplo) no es consecuencia de: es nacionalismo, y es causa de más nacionalismo. A través del fútbol se inventan tradiciones, se crean imaginarios, héroes, etc. A lo mejor, hay que bajar al nacionalismo del panteón de los «temas serios» o de enfocarlo en términos «positivos» y comenzar a verlo como la camiseta bamba y el abrazo de gol, y ciertamente también como los cantos homofóbicos y xenofóbicos. Visto así, ciertamente puede tratarse de un elemento propicio para nuevas narrativas nacionales, pero creo que no se trata de algo inmediatamente generalizable a otras esferas. Tampoco creo que sea tan fácil analizar la relación entre el fútbol y el brote nacionalista de la década de 1970.

Sí hay, entonces, un momento nacionalista, pero también los ha habido antes, y, en algún momento, también coincidieron con clasificaciones al mundial. Sucede, no obstante, que la clasificación al mundial es particularmente sensible en la socialización de varias generaciones que crecieron a la sombra de los triunfos de la era dorada de los años 1970. Más importante, se trata de una manifestación de nacionalismo celebratorio, y, en los

casos más genuinos (de los que íbamos al estadio a ver hasta los partidos que nadie veía siquiera por la televisión), de una cuestión catártica, basada en una fe casi religiosa. El aspecto celebratorio encaja bien con otras manifestaciones recientes y con proyectos políticos predominantes, similar al caso que la «Marca Perú» ha sabido explotar alrededor de la comida. La celebración funciona bien para el nacionalismo y para el mercado, que en tantos ámbitos casi no se pueden separar, de modo que todo se potencia. Ya salieron un investigador de Arellano, los redactores de *Gestión y Semana Económica*, y hasta la ministra de economía a decir que el Mundial va a ser bueno para el PBI, y seguramente no se equivocan. Por eso también el feriado luego de la clasificación. La camiseta de la selección debe haber sido uno de los productos más vendidos de la campaña navideña reciente.

Al mismo tiempo, la explosión contenida y las emociones que el fútbol puede liberar de vez en cuando permiten que afloren otro tipo de cosas, que no pasan cuando comemos anticuchos o hablamos de papas a la huancaína, desde el abrazo con extraños en la calle hasta el canto colectivo. La coincidencia de la campaña de México 1970 con el terremoto de Yungay y la imagen del presidente Morales Bermudez con la camiseta sudada del defensa de la selección Julio Meléndez al celebrar la clasificación de 1978 son muestras de ello.

Andrea Román:

Hay pocas cosas que nos hacen sentir como una nación o que nos hacen sentir orgullosos de ser peruanos. La comida es una de esas cosas y fue un importante proceso iniciado por emprendedores culturales que nos ayudaron a hacer de la comida algo que debemos extrañar estando fuera del país.

A diferencia de la comida, el fútbol, como deporte nacional, siempre ha sido un vivo retrato del Perú. Por un lado, la selección está compuesta por personas de diversa índole que representan la diversidad fenotípica del país (no creo que sea étnica ni cultural); por otro lado, está conformada por seres humanos que, se podría decir, tienen las mismas «taras» estereotipadas del peruano: informal, «criollón», transgresor de las normas, mediocre en lo que hace, etc. Gracias al gran

esfuerzo de Magaly Medina (y aquí lo digo más con sarcasmo que aseverando una realidad), estábamos acostumbrados a verlos en discotecas, en "saliditas" por la noche con vedettes, o, en corto, a tirar su carrera por la borda porque sabíamos que no eran lo suficientemente buenos.

A esta situación se le sumaba una realidad contundente, y es que la FPF no se encargaba de invertir en nuevas generaciones de futbolistas ni en mejorar las condiciones del deporte en el país. Era, entonces, una mezcla (como frecuentemente lo es en el Perú) de debilidad (o fracaso) institucional y una paupérrima cultura del deporte entre los jugadores.

Haber vivido el fracaso constante junto con las diferentes selecciones, con el añadido de estar a la sombra de los que fueron Cueto o Cubillas fue siempre un trauma y una esperanza. Las nuevas selecciones nunca podrían ser tan buenas como la selección de nuestra representativa canción "Perú Campeón", pero siempre quedaba la sensación de que éramos buenos y que había una deuda que debíamos saldar con nuestra propia historia.

Por esta razón, creo que la clasificación de Perú al mundial tiene un doble significado. El 2017 empezó como un año complejo no solo por la polarización política, sino también por el impacto del Fenómeno del Niño Costero. La gente salió a ayudar y la creación del slogan "Una Sola Fuerza" caló, de alguna forma u otra, en el espíritu nacional. En este contexto, la FPF supo responder. Llevó el eslogan a la cancha y trató de hacer que la selección de fútbol se convierta en un objeto de representación de esa sola fuerza peruana. Un proceso que no recuerdo haber visto desde que tuve conciencia del fútbol en la campaña mundialista para Francia 98.

Dos, esta campaña se hizo gracias al cambio y fortalecimiento institucional en la FPF. Algo de lo que poco se ha conversado, pero que no sabemos si tendrá o no efectos a largo plazo. Al menos, hasta el momento, se han logrado cosas al corto plazo. El hecho de que en un país donde la confianza en las instituciones es tan baja, y en que pocas son las instituciones que funcionan, la FPF emprendió desde hace 2 años una excelente

campaña comunicacional que ha sido el reflejo de la transformación de la propia institución (algo así como con el Sport Boys, si no han visto el reportaje sobre el cambio institucional que llevó al Boys a primera nuevamente).

En ese sentido, me parece que el ingreso de la selección peruana al mundial no solo esperanza con respecto a lo que podemos hacer como país, sino que se asocia con la idea de que, con constancia, respeto a la autoridad y las reglas, dedicación y buena gestión podemos llegar a hacer algo. No obstante, creo que la FPF podría tomar un rol más activo en esto y hacer la asociación explícita entre los factores y el resultado; sin embargo, como seguimos siendo un país con mucha suerte, creo que no se han dado cuenta completamente del impacto que esto podría tener o, sencillamente, no les interesa eso y no es su objetivo (este es mi lado más esperanzado sobre el rol que el fútbol debería tener en la sociedad). Por eso también creo que, aunque esta selección mantendrá nuestra esperanza, el sentido de cohesión y nacionalismo puede llegar a ser muy frágil.

2. Con la perspectiva que da vivir fuera del país, ¿de qué manera es posible conciliar este apoyo masivo y uniforme en torno al fútbol de la selección con lo que desde acá percibimos como un clima político y social peruano muy tendiente a la crispación y a la polarización?

Gabriela Ramos:

La situación en el plano político es tan grave que el fútbol ofrece la posibilidad de escapar de la profunda mediocridad y violencia reinantes. Este resultado exitoso da a mucha gente en el país la agradable sensación de que hay algo que puede salir bien, y eso es bueno. He leído y escuchado comentarios bastante entusiastas sobre que el trabajo de la selección puede representar un ejemplo para toda la población, generar en esta una actitud distinta frente al trabajo y las expectativas ante la vida, etc. Sería espectacular si ello ocurriera, pero no creo que sea así. Si observamos a varios de los países cuyas selecciones suelen participar en los mundiales, notaremos que el asunto es precisamente al revés. Se aplican al deporte las mismas actitudes que se toman frente a la vida diaria, el estudio y el trabajo: previsión,

método, perseverancia, honradez. Los problemas del Perú son demasiado complejos como para creer que el fútbol nos dará una clave para solucionarlos. Aunque, viéndolo bien, de repente sí: la experiencia reciente del fútbol demuestra que las cosas pueden mejorar y de hecho salir bien cuando se invierte en la gente.

Javier Puente:

Creo que tal propuesta es una quimera. El fútbol peruano, a diferencia de otros escenarios como el argentino o el uruguayo, ha logrado aislarse eficientemente de cualquier compromiso social y político. Gestos como el de algunos equipos argentinos condenando los crímenes de lesa humanidad cometidos durante la dictadura o los equipos uruguayos respaldando los diferentes avances legislativos en materia social son, virtualmente, imposibles en nuestro país. Entre las escenas que pasaron parcialmente desapercibidas durante la noche de la clasificación, me llamaron la atención las breves entrevistas a los políticos presentes —incluyendo a la actual Vice-Presidenta y Presidenta del Consejo de Ministros Mercedes Aráoz. En todas esas notas periodísticas, políticos de una u otra orilla llamaban a «dejar la política a un lado», pues las rencillas podían opacar el tono celebratorio de la jornada.

El reclamo de este régimen de excepción política en el fútbol no radica en permitir proyectar imágenes consensuales de progreso sobre el césped, sino de asegurarse que —al igual que en otros espacios públicos— prime un criterio de rechazo a lo político. Acaso uno de los legados más fuertes de la experiencia peruana de neoliberalización social, enmarcada por el macabro fujimorismo, fue posicionar todo lo político como un antivallor, convirtiendo lo social en el reino de la antipolítica. La politiquería puede tomar al fútbol como un facilitador de prácticas y discursos populistas, pero de ninguna manera va a permitir que el gramado de un estadio se convierta en una arena política en la que puedan construirse discursos alternos que resulten subversivos a los intereses del poder.

Es impostergable cerrar esta respuesta con los eventos que prosiguieron a la clasificación a Rusia 2018, en particular el indulto presidencial al convicto Alberto Fujimori. De cerca o de lejos, el triunfo frente a Nueva Zelanda se evidenciaba

como una válvula que permitía al Estado acometer algunos cambios aprovechando la mezcla de crédito moral y adormecimiento social que generaba este evento. Sin embargo, pocas señales permitieron presagiar el infame final de esas semanas de euforia. La resistencia al indulto «humanitario» concedido por el Presidente Kuczynski podría encontrar en el fútbol a un aliado formidable; desde una plataforma imbuida de muchas legitimidades, en un mundo deportivo que celebra la meritocracia y el juego en equipo, que la Selección Nacional de fútbol haga suyas las luchas de quienes han sufrido podría acarrear una profunda transformación en el juego político. Sin embargo, ver las alianzas que forja la Federación Peruana de Fútbol (FPF) con el Congreso o el Arzobispado de Lima, instituciones con responsabilidades directas en la construcción de una agenda que promueve todo tipo de impunidad, diluye esta esperanza.

Paulo Drinot:

No lo veo tan así. Es decir no veo mucha relación entre una cosa y la otra. El Perú no está polarizado en torno a temas fundamentales o grandes problemáticas. No hay un gran debate sobre el rumbo que debe tomar el país. No es un país dividido o envuelto en un conflicto fratricida. No hay nada que unificar con el fútbol. La tragedia del Perú es que su política parece estar subordinada a una sola problemática: aquella que nace del encarcelamiento de Alberto Fujimori y que ha evolucionado en un clivaje fujimorismo—anti-fujimorismo. El fujimorismo, a mi manera de ver, no es un partido político y menos una ideología (por eso tiene poco sentido perder el tiempo discutiendo si es un partido de centro-derecha o extrema-derecha). Hasta cierto punto, es un lobby para la excarcelación de Fujimori. Pero es un lobby sumamente poderoso, el cual se viene transformando desde hace ya varios años en una maquinaria para acaparar el poder en todas las esferas, y que tiene polarizada y paralizada la política del país.

El perro del hortelano no es el comunista antiminero que, según Alan García, tenía al desarrollo del país en jaque. El perro del hortelano está en el hemicycle sentado con su bancada naranja. La polarización que genera el perro del hortelano fujimorista es política, pero no es identitaria. Es

una polarización que se manifiesta regularmente en ciertos aspectos claves del quehacer político del país, en los vetos a los ministros del gobierno o, a fortiori, en las políticas de memoria sobre el conflicto armado interno (ver por ejemplo la maniobra fujimorista que llevó a la renuncia de Guillermo Nugent del Lugar de la Memoria - LUM). Pero no estamos hablando de una escisión del país en bandos opuestos e irreconciliables. No estamos en una situación donde deban morir «los salvajes unitarios». El clivaje fujimorismo—anti-fujimorismo, repito, es político, no identitario, y en ese sentido el efecto que puede tener el éxito de la selección sobre la población y su idea de sí misma opera a un nivel que poco tiene que ver con la crispación y polarización política que, desgraciadamente, vivimos.

Adrián Lerner:

Me parece que hay poca relación entre las dos cosas. El fútbol es, en el mejor de los casos, el carnaval. Solía ser para muchos (pero muchos menos que los que ahora han subido al carro) un sufrimiento y una fe compartida. Para el resto, es, ahora, un paréntesis. Más precisamente: un feriado. «Desde fuera», creo que puedo añadir poco—igual me parece que, al menos en una ciudad como Lima, de muchas formas, casi todo el mundo «está fuera», lejos de los demás, aunque estén físicamente cerca la mayoría del tiempo; más aún en estos tiempos del WhatsApp y Facebook. Lo que es claro es que la crispación tardó casi nada en volver. Ni siquiera alrededor del fútbol dejó de haber discusiones acerca de si Lapadula, si Pizarro, y luego tal club, y ya después (pero, en el fondo, siempre) tal colegio, tal barrio, tal etnicidad.

Andrea Román:

La selección de fútbol siempre ha sido nuestro punto de cohesión y ruptura. Los amamos y los odiamos. Sin embargo, desde afuera, así como ocurre con la comida, clasificar al mundial ha sido un evento que ha calado mucho en los sentimientos nacionalistas. Estamos conscientes de que no ganaremos el mundial (creo que todos sabemos que es un imposible), pero hemos vencido una valla histórica; se ha cumplido con una promesa pendiente. Y es que la peruanidad está caracterizada por esa frustración constante: de ser el país de los Incas, pero también de los más

corruptos y mediocres; de ser el país que “juega como nunca y pierde como siempre”. Creo que es más un alivio colectivo, una superación, que una sensación de puro orgullo nacional por haber, realmente, ganado algo. Asimismo, clasificar haciendo sufrir a Argentina y descalificando a Chile (con quien siempre hemos tenido una deuda futbolística por Francia 98), se siente bien.

La clasificación te hace sentir más peruano. Te hace sentir que el país avanza y que no sigue estancado en lo mismo de siempre. Es como un horizonte de esperanza para el país y, entre tanta desolación y pobreza política, creemos que algo distinto es posible.

3. Viendo las imágenes del Estadio Nacional y de las celebraciones, llama la atención la heterogeneidad social y étnica de quienes asisten a los encuentros y especialmente la masiva presencia de mujeres como una parte central de afición en los partidos de la selección nacional. ¿Cómo podríamos leer este protagonismo de un colectivo que hasta hace unos años tenía una participación limitada en estos eventos? ¿Estamos ante la expresión de un proceso de fondo de reconfiguración del papel de las mujeres en la sociedad peruana?

Gabriela Ramos:

Señal de un cambio importante será cuando una selección de mujeres tenga figuración y reciba tanto apoyo como la de fútbol actual. Ocurrió hasta cierto punto con la selección de vóley que consiguió el subcampeonato olímpico en Seúl. Sin embargo, otros deportes que no sean masculinos y que no sean el fútbol reciben apoyo desproporcionadamente menor. Lo que estamos viendo solo confirma la hegemonía masculina en la sociedad, pero el Perú no está solo en esto. Sobre que haya gente de todas las procedencias y clases sociales en el estadio, me parece que eso siempre ha ocurrido, si bien nunca he ido a ver un partido de fútbol en el Perú. Me llamaría mucho la atención si supiera que algunas de las mujeres que fueron a ver el partido se animaron a hacerlo sin compañía masculina. Antes que un asunto de desinterés por el fútbol, creo que es un problema de seguridad, y sabemos que en el Perú la seguridad para las mujeres no está garantizada.

Javier Puente:

La primera parte de la pregunta es un poco problemática, pues parece encerrar el supuesto que tales heterogeneidades constituyen algún tipo de excepción en el escenario nacional. En un país altamente heterogéneo, ¿por qué esperar una situación diferente en un escenario deportivo? En cambio, a mí me sigue llamando la atención la profundización de las lógicas de jerarquización social de los espacios dentro de los estadios. A las diferentes tribunas que ya delineaban el correlato físico de las insoslayables diferencias socioeconómicas de un país desigual, ahora se le han sumado los palcos construidos por encima del nivel las tribunas. La fotografía del tejido social presente en el Estadio Nacional aquella noche sigue siendo un retrato palmario del país, solamente distorsionado por la insuperable centralización que evita pensar otro escenario para los «grandes acontecimientos» diferente a Lima y los restrictivos precios de las entradas.

En el Perú, el sexismo misógino imperante había apartado a la mujer de un terreno que, en otras latitudes, no solamente es suyo sino que les pertenece hegemoníamente. Desde inicios de los noventa, la FIFA organiza una Copa Mundial femenina, normalmente al año siguiente de la Copa Mundial masculina. En Estados Unidos, el fútbol es un deporte que probablemente atrae a más mujeres que a hombres —en ese país, las figuras como Mia Hamm o Abby Wambach reciben tanta o más atención como sus contrapartes masculinas. En muchos países, hay ligas femeninas bien constituidas que alimentan selecciones nacionales fuertemente competitivas. En Noruega, hace pocos meses, la Asociación de Fútbol ha prohibido las diferencias salariales entre hombres y mujeres. A todo esto, se añade la presencia cada vez más importante de mujeres en el arbitraje de las primeras divisiones masculinas, en el periodismo de opinión y en la organización institucional de las federaciones nacionales —acá hay que resaltar el papel que ha cumplido Romina Antoniazzi como Jefa de Prensa de la FPF durante la campaña Rusia 2018. La presencia de aficionadas en las tribunas solamente es síntoma o correlato de las grandes conquistas sociales que han acometido las mujeres en los últimos años.

Paulo Drinot:

Yo pondría el énfasis no tanto en la mayor presencia de mujeres en el estadio sino más bien en la virtual invisibilización del fútbol de mujeres en el Perú. ¿Dónde están nuestras Martas o Mia Hamm? Si vamos a hablar de fútbol y mujeres, hablemos del fútbol de mujeres. La FPF tiene una página webdedicada a la selección de mujeres, pero mi impresión es que es poca o nula la cobertura que se le da tanto a la selección como al campeonato local de fútbol femenino. El fútbol en el Perú está muy masculinizado: un deporte de «guerreros» grita la prensa. No podemos escapar del todo al drama nacional y pensamos constantemente en el fútbol en términos marciales, pero también heteronormativos. En el Perú, el fútbol, desde los que juegan hasta los que se creen con el derecho de opinar sobre el deporte, es cosa de machos bien machos. Tenemos que superar eso y pensar el fútbol de manera más plural, pero también más integrada, vinculando más estrechamente el deporte profesional con el amateur como una estrategia para fortalecer el fútbol profesional. Hacia ello, se deben crear canales de progresión para los jóvenes que quieran tener una carrera profesional, por un lado, pero, por otro, para generalizar el acceso al fútbol como un deporte que todos, de niños a ancianos, puedan practicar. Dentro de esta estrategia, es fundamental desarrollar el fútbol de mujeres a todos los niveles. Cuando el estadio nacional se llene para un partido de la selección de mujeres, cuando el equipo de hombres tenga una mujer de entrenadora, cuando la FPF sea dirigida por una mujer, quizás ahí podamos empezar a hablar de una reconfiguración del papel de las mujeres en la sociedad peruana.

Adrián Lerner:

Habría que ser cuidadosos con esto. Primero, el público en el estadio en estos partidos finales era un grupo muy particular y privilegiado: las entradas eran carísimas y difíciles de conseguir, y más de la mitad eran de cortesía. Solo en eso da para analizar algunas cosas. La primera es que el privilegio quizás ya no es tan fácil de reconocer. En el estadio puede haber existido una heterogeneidad aparente, pero era casi toda gente con plata o con contactos. Y los que van al estadio

en el campeonato local se dan cuenta inmediatamente que hay un cambio tremendo: no está la gente que va todos los domingos, que es mucho más futbolera, que hace más bulla, que sabe que no hay que andar sacando el celular cada tres minutos. Al instante, se habla una diferencia de clase —mis amigos hablaban de que había «puros turistas». Esto tiene que ver con un estigma contra la gente que va al estadio todas las semanas y muy especialmente contra las barras, a quienes muchos asumen directamente como pandillas, lo que se relaciona con un temor a la gente de extracto popular aglomerada. Esas cosas no existen en estos partidos, que de hecho han servido para que las barras sean autorizadas de nuevo a llevar instrumentos musicales y banderas a los estadios; hasta hace poco, estaban prohibidos por el Ministerio del Interior por, supuestamente, fomentar la violencia. Es decir, una bandera con los colores de un equipo es más peligrosa que una película racista y misógina.

En estos partidos no hay pelea, las barras parecen ser de jóvenes de clase media. Y apostaría que hay muchas más mujeres en un partido como estos y, en general, en los partidos de la selección. Y muchas mujeres van al estadio acompañadas de hombres; el fútbol sigue siendo percibido en enorme medida como cosa de hombres. Llevándolo a un espectro más amplio, el espacio público aún en enorme medida es un espacio masculino. Lo mismo pasa con la celebración; es una oportunidad única y va todo el mundo. Yo creo que es un evento muy particular, como para analizar en sí mismo, y que no da como para generalizar en estas cuestiones. La situación para las mujeres en el Perú, en particular en el espacio público, sigue siendo muy jodida, y el fútbol no me parece que brinde señales de lo contrario.

Sin embargo, sí habría que decir que algunas cosas han cambiado. Seguramente van muchas más mujeres que antes, tanto todas las semanas como durante los partidos de la selección. Seguramente más mujeres van en grupos de amigas o solas, más mujeres se mueven solas por las ciudades del país que en otra época, más mujeres tienen puestos visibles y de liderazgo. Pero el problema estructural, la violencia cotidiana, se

mantiene. El cambio grande va a tener que venir directamente asociado con esas cuestiones: con las protestas contra la violencia de género, contra la discriminación, por mayores derechos. En esa efervescencia, sí veo tanto reflejo de cambios más importantes como la posibilidad de nuevos liderazgos que los profundicen. A diferencia de lo que pasa en relación con el nacionalismo, creo que en el caso del género (con excepciones, y con el perdón de las amigas futboleras), el fútbol sí es una cuestión muy secundaria.

Andrea Román:

En general, el Perú ha estado pasando por un proceso de transformación social de género significativo, a pesar de las importantes resistencias de varios sectores. Esta transformación no solo implica resaltar la ausencia de las mujeres en diversos sectores o llamar la atención sobre problemas históricos de género, sino que también abre las puertas a las mujeres a expresarse y participar en ámbitos a las que se les había negado el acceso. El fútbol siempre ha sido uno de esos espacios. En general, el fútbol siempre ha sido un deporte sumamente masculino y controlado por hombres, el cual que se ha quedado rezagado en cuanto a contar representación femenina tanto en las directivas como dentro de los mismos cuerpos técnicos y en la cancha.

Sin embargo, la iniciativa de la FIFA de incluir el mundial femenino en la compra del paquete televisivo del mundial de hombres, la consideración de mujeres arbitras para el mundial, y la iniciativa de la FPF de promover ligas de fútbol femenino para niñas son indicios de que las cosas van cambiando y que las instituciones también deben adaptarse a esto. No creo que esto se deba a una mera conciencia de género, sino que han descubierto (como si fuera algo que se deba descubrir) que las mujeres son también consumidoras del fútbol y que son un mercado poco explotado por las campañas comerciales relacionadas al fútbol (como si los hombres fueran los únicos que se sienten orgullosos de los logros de la selección peruana). El orgullo por la selección de fútbol ha sido tontamente monopolizado por los hombres y la FIFA se ha dado cuenta que aún hay de dónde sacar réditos.

En el caso del Perú, junto a todo lo anterior, también ha tenido un gran impacto el hecho de hacer de los estadios espacios más seguros para la familia y la regulación del fútbol como institución.

4. ¿Hasta qué punto el éxito de la clasificación al mundial, puede suponer un punto de quiebre en las narrativas nacionales que nos hablan siempre de fracasos, carencias y oportunidades perdidas? ¿Tendrá impacto este éxito en la manera en que nos miramos a nosotros mismo o será simplemente un momento de euforia pasajera?

Gabriela Ramos:

Está en manos de las autoridades conseguir que el cambio continúe para mejor. Para que esto funcione, el Estado tendría que invertir en la gente. En toda la gente y no solo en los futbolistas. Para que esto ocurra, tendrían que cambiar muchas, muchísimas cosas. Espero que algún día sea así.

Javier Puente:

Hay que señalar que a la tragedia como hilo conductor de la historia peruana también hay que sumarle un preocupante nivel de bipolaridad social y patología colectiva, que ha aflorado visiblemente durante las campañas previas de la Selección Nacional. El hincha peruano promedio, además de un ser doliente, es un individuo que transita con rapidez y facilidad entre la efervescencia absoluta y la depresión. Toda la prensa deportiva, que debería cumplir el papel de forjar opiniones públicas más asertivas y menos pasionales, apaga incendios con combustible. Hace más de un año, luego de los acostumbrados altibajos deportivos del equipo, muchos periodistas regurgitaban llamados a la destitución del director técnico de la Selección Nacional, el mismo Ricardo Gareca a quien hoy alaban y le extienden inéditas disculpas.

Eduardo Galeano dijo que ser hincha de fútbol supone, entre otras cosas, negar la evidencia y echar a pique la razón. Para un hincha bipolar, como el peruano, la pasión por este deporte supone que no hay puntos intermedios, no hay transiciones, no hay procesos. Solo se puede vivir en el éxtasis de la gloria o en la penumbra de la derrota. Eso hace mucho más excepcional el trabajo de Ricardo Gareca, el desempeño de los

jugadores y el trabajo profesional detrás de este proyecto. Sin embargo, las grandes expectativas suelen acarrear grandes desazones. El equipo, ineludiblemente, volverá a perder —algunas veces con «dignidad» y otras, en cambio, de manera descompensada. Habrá que ver, en ese momento, si la lección de esta campaña ha logrado calar hondo en todos nosotros. Hay que decir, sin embargo, que la idealización y la agresión conviven en el mismo vecindario; que cuando nuestras proyecciones de la realidad se derrumban, sobreviene la violencia. Ojalá nos acordemos, entonces, de la noche feliz del 15 de noviembre.

Paulo Drinot:

Creo que hay que resistir, o en todo caso matizar, estas lecturas culturalistas del éxito en las eliminatorias. Algo que me llamó mucho la atención fue un discurso que circuló en particular en los últimos partidos, tanto dentro del Perú como en las notas periodísticas fuera, y, por supuesto, en el *social media*, sobre el papel de Gareca. La idea de fondo era que Gareca había sido determinante, por encima de otros factores, en las victorias. Sin duda, el papel del entrenador es importante, y Gareca se merece más de un aplauso por la manera cómo supo manejar no sólo el equipo, sino también las expectativas de los peruanos y las exigencias de la prensa, pero no es difícil ver esta lectura como problemática. Reproduce la idea que el progreso solo lo puede dar el extranjero; además, el extranjero racializado como blanco, que viene a poner disciplina en el país. Para los que hemos estudiado las políticas migratorias de fines de siglo XIX y comienzos de siglo XX, este discurso nos es bastante conocido. Es un discurso que invisibiliza muchas cosas, y que genera jerarquías de saberes y capacidades muy jodidas. Claro, las soluciones a los problemas a veces vienen de fuera: varios de los jugadores de la selección han mejorado su juego al pasar a jugar en las ligas de otros países. Tampoco podemos descartar del todo el aspecto psicológico en el deporte. En ocasiones, es necesario cambiar de mentalidad y quizás Gareca ha jugado un papel importante en este sentido.

Sin embargo, personalmente me convencen mucho más las explicaciones materiales del éxito en el deporte, explicaciones que se centran en las condiciones que facilitan, pero que también obs-

truyen el desarrollo de las capacidades deportivas tanto individuales como colectivas. El fútbol ha nutrido las narrativas de fracaso porque, desde 1982, hemos fracasado en el fútbol. Pero no hemos fracasado porque, como peruanos, estamos destinados a fracasar. Para entender esos fracasos, creo que debemos enfocarnos un poco menos en las mentalidades de nuestros jugadores (y, por extensión, en la mentalidades de los peruanos) y un poco más en las condiciones en las que se forman como jugadores profesionales, en las oportunidades de desarrollo profesional que se les presentan, en la calidad de los torneos locales, de las dirigencias de los clubes, de las políticas deportivas de los gobiernos, de la vinculación entre el deporte amateur y el profesional y las posibilidades de progresión de uno al otro, en el estatus que, como sociedad, le otorgamos al deporte como un elemento pleno de conformación de nuestra ciudadanía. Que los éxitos en el fútbol sigan, creo, dependerá mucho más de estas dimensiones materiales que de las dimensiones culturales.

Adrián Lerner:

Hay un grupo bastante marginal, los que pensamos en fútbol todo el día, hablamos de fútbol y malgramos la conversación para los demás en las reuniones, vamos al estadio cada vez que podemos, miramos todos los partidos de todos los mundiales, soñamos con ver a Perú jugando ahí, y hemos sufrido con el asunto toda la vida: para nosotros, es un episodio extraordinario, el triunfo más esperado en un desierto de frustración que, además, para los de mi generación, era una cosa literalmente de toda la vida y que ya tomaba aires de maldición. Para el otro 99% de las personas, más que un punto de quiebre, creo que puede convertirse en un episodio simpático dentro de una historia contada generalmente (no siempre sin razón) con esos tintes derrotistas. Hay mucho de euforia pasajera, sin duda: con todo su potencial catártico, su carga simbólica, y hasta con sus tan mentadas posibles consecuencias macroeconómicas, el fútbol no deja de ser veintidós personas jugando a la pelota por una hora y media.

Habrán seguramente mucho uso del fútbol con fines comerciales y políticos, dentro de procesos más grandes de la sociedad peruana: no es difícil

imaginar desde ya los comerciales de televisión que apelen a la unidad, el sacrificio y el triunfo en tono místico para vender cerveza y bebidas azucaradas, tarjetas de débito y planes de celulares; habrá libros de autoayuda que comparen a jugadores con emprendedores; algún canto de la tribuna será el slogan de un candidato, veremos algunos futbolistas en cargos públicos, y quizás hasta la camiseta sea cooptada para algún movimiento político (como ha pasado en Brasil hace poco, pero también en varios momentos del siglo veinte). En ese sentido, el triunfo del fútbol es casi lo contrario a un punto de quiebre; más bien, un episodio sumamente funcional a la tendencia al optimismo manufacturado, a las odas al esfuerzo individual, y al oportunismo político de estos días.

Esa la predicción pesimista y, creo, realista. Sin duda hay potencial para construir algunos discursos más interesantes —están, digamos, los ingredientes: la historia y los personajes en busca de un autor. Pero es indispensable recordar que las narrativas de «fracasos, carencias y oportunidades perdidas», con todas sus simplificaciones y limitaciones, muchas veces tienen que ver con episodios mucho más traumáticos, y con problemas más profundos y estructurales. El fútbol es único en las posibilidades que ofrece para movilizar símbolos nacionalistas, pero aun así será una capa construida sobre un edificio ya bastante asentado: en las clases de historia no se va a dejar de hablar de liberadores extranjeros, de guerras y territorios perdidos, de corrupción y de masacres, y va a seguir siendo necesario explicar un presente en el que millones de personas viven en condiciones precarias, conviven con todo tipo de desigualdades y discriminación, y lidian con instituciones y representantes que hacen su vida más difícil.

Andrea Román:

Tal como mencioné en la primera pregunta, creo que tiene de ambos. Creo que representa una ruptura con el fatalismo peruano, pero tampoco creo que (a menos que alguien quiera emprender una campaña) transformará profundamente las fracturas sociales del Perú. Hay cosas que deben ser habladas, algo como lo que se intentó hacer en Francia (el documental *Les Bleus* es una gran

explicación de esto), para que sean incorporadas. No obstante, nadie quiere que la política entre al fútbol, porque, como bien dicen, “la política lo corrompe todo”.

5. Desde tu experiencia como peruano/a viviendo desde hace muchos años en otro país, ¿qué diferencias perciben en la manera en que se viven y se sienten los partidos de la selección en el Perú y en el país donde ahora resides?

Gabriela Ramos:

Es más que sabido que aquí el público es muy aficionado, pero presto muy poca atención al asunto como para ofrecer alguna opinión.

Javier Puente:

A lo largo de una década fuera del país, he vivido diferentes experiencias dependiendo del país en donde me encontraba. En los Estados Unidos, hay cierto grado de indiferencia con el fútbol, por lo que la experiencia de los partidos termina siendo un poco ajena, extraña, alienante. En Colombia, donde hay pasión por el fútbol y afecto hacia lo peruano, los partidos siempre eran motivo de conversar y compartir vivencias. En Chile, producto de nuestras varias rivalidades —algunas muy estúpidas— hay un aire tenue de hostilidad, superado por el cariño de los círculos íntimos.

Más allá de las diferencias, en todas esas experiencias y en todos esos años, siempre he encontrado alguien con quien ver el partido, un hombro para consolarme en las (muchas) veces que nos tocaba perder, un abrazo sincero cuando hubo que celebrar y varias voces amigas —peruanas o locales— que compartían nuestras escasas alegrías.

Paulo Drinot:

En Inglaterra bromean que el fútbol es un deporte en el que dos equipos juegan durante 90 minutos y al final ganan los alemanes. Inglaterra ganó su mundial, en 1966, pero desde entonces, siempre ha sido una potencia futbolística de segundo rango, y eso es motivo de mucha frustración. Las eliminatorias no generan mucha expectativa, ya que, en general, la clasificación está garantizada. Pero el país enfrenta los mundiales con cierto fatalismo. Se espera llegar a los cuartos, con suerte a las semi-finales. Y ahí, lo normal,

es perder con Alemania. En la tanda de penales. Así vive el inglés promedio el fútbol nacional. No sé qué es peor, ser un equipo como Perú y tener como frustración no haber clasificado al mundial en 35 años o ser un equipo como Inglaterra y siempre perder con los alemanes, o, peor, Holanda, y perder tres finales. Mi hijo es peruano, inglés y holandés, así que tiene para escoger el origen de su frustración futbolística. Por suerte para él, le gusta la danza y no el fútbol.

Adrián Lerner:

En Estados Unidos, hay buena cantidad de aficionados al fútbol y adeptos de su selección, pero no deja de ser una nota al pie dentro de un panorama en el que se privilegian otros deportes. Sí están acostumbrados a que su selección juegue el mundial, de modo que se discutió bastante que quedaran fuera esta vez, y más gente de la usual estuvo atenta a lo de Perú en ese contexto. Igual, incluso comparada con ese pequeño grupo de gente informada del asunto, la obsesión peruana con clasificar al mundial (no con jugar el mundial y hacerlo bien, sino con llegar) parece bastante única.

Andrea Román:

Depende mucho de en qué parte de Canadá vives. Si es Montreal, donde hay una comunidad de peruanos más grande, es más fácil encontrar espacios para compartir. Sin embargo, es un evento “familiar” en el sentido de que la peruanidad sale a flote y los peruanos se reúnen para vivirlo y “sufrirlo” juntos. Hay una sensación de que nadie más que tus compatriotas entienden qué es lo que pasa y por qué lo viven como lo viven. Solo un “otro” peruano puede entender la angustia, el miedo, las lágrimas y la frustración. Es como si fuéramos una secta. Nos buscamos y encontramos si utilizamos la camiseta. Si ves una camiseta peruana, te le acercas, le conversas, le transmites tu entusiasmo. Si ves una camiseta peruana, te sientes un poco menos solo. Sabes que alguien comparte tu emoción y que hay alguien más por acá que está viviendo un pedazo de historia como tú.

Celebrar la clasificación de Perú tiene una doble connotación. Es la felicidad generalizada de ver a tu país en el mundial (algo que también se siente en Perú), pero también la tristeza de estar lejos,

de no poder compartir la euforia sin que te callen los vecinos, y la necesidad de llenar esos vacíos que siempre acarrea dejar tu propio país. Los últimos meses de la clasificatoria han sido intensos para los peruanos, pero para los peruanos en el exterior es una reafirmación de su peruanidad en un mundo ajeno.

6. Para terminar, ¿cómo viviste tú la clasificación? ¿Qué supone para un/a peruano/a que vive en el extranjero?

Gabriela Ramos:

El día después del partido leí los diarios y sitios internet peruanos. Miré si la BBC tenía algo que decir sobre la clasificación, pero me pareció que no había nada, lo que posiblemente sea muestra de la insignificancia de este evento. La eliminación de Italia sí fue noticia, pero lo que pasa con Perú en términos deportivos no tiene la menor trascendencia. Eso sí, me alegró mucho ver a mis compatriotas tan contentos, emocionados y optimistas, y que el jugador que anotó el segundo gol se apellide Ramos.

Javier Puente:

Con absoluta irracionalidad. Aunque en estas líneas intente transmitir una voz de razón y lógica, el fútbol despierta algunas de mis emociones más viscerales. En un estado liminal de embeleso nacionalista, exacerbado por el Zambo Cavero y una buena dosis de huancaína, me olvidé de cualquier postura crítica y me dejé llevar por los tambores de esa guerra simbólica de noventa minutos. Vi todo el partido en posición fetal. Luego de digerir un poco el resultado y su significado, hice una videollamada a Lima para ver a mi vieja bailar desafortunadamente y escuchar a mi viejo con la voz partida. Aunque he vuelto a ver el partido completo una docena de veces, y el gol de Farfán al menos un ciento, se me sigue haciendo un nudo en la garganta. Felizmente tengo la oportunidad de aparentar un poco más de ecuanimidad al responder estas preguntas, pero es solo eso, apariencia.

Paulo Drinot:

Ante todo, supone estar despierto a las tres de la mañana para ver el partido cuando el día siguiente tienes que despertarte a las siete para ir a dar cuatro horas de clase. Eso es amor a la camiseta.

Adrián Lerner:

Pagué por un servicio especial de internet que me aseguraba poder ver el partido en vivo en mi casa y lo vi solo, en un estado cercano al colapso nervioso. Contribuí decisivamente a la clasificación con media docena de rituales supersticiosos relacionados con chapitas de cerveza, camisetas de la selección y la ubicación de los muebles de mi casa, sin los cuales habiéramos quedado eliminados. Después, tras una serie de llamadas a los amigos con los que hemos estado en esto desde hace años, me junté con un colega peruano de aquí para celebrar con Pilsen, Cristal y Cusqueña en un restaurante peruano muy cerca de mi casa, que abrió hasta mucho más tarde de lo permitido y cuyo dueño nos regaló varias porciones de pollo con ají a las tres de la mañana.

Andrea Román:

Creo que la pregunta anterior también responde esta pregunta. Personalmente, yo me levantaba la mañana de los partidos y me ponía la camiseta de la selección como si estuviera cargando el estandarte nacional con mucha responsabilidad. Me moría de nervios desde días antes y no paraba de pensar en las posibilidades, en qué haría si Perú ganaba, empataba o perdía. Recuerdo que luego de la clasificación, el lunes que tuve clase por la mañana, tenía una presentación en mi clase de teoría y lo primero que hice fue contarles a todos los otros estudiantes cómo fue que Perú clasificó al mundial luego de 36 años, como si fuera algo que merecía ser contado a quien se me cruzara.

Ver otros peruanos con sus camisetas en algunas calles de Toronto o Vancouver (vi los partidos en ambas ciudades) significaba emoción. Saber que había otros como tú que cargaban el mismo peso y que se sentían orgullosos de lo que ya habíamos logrado hasta el momento. Creo que usar la camiseta es muy significativo porque implica reconocerte como peruano y enorgullecerte de serlo. Muchos de nosotros no usaríamos la camiseta en un día normal y corriente; es algo que hacemos en una mezcla entre de cábala, apoyo y reconocimiento a nuestra identidad. Por eso, me parece que las camisetas son bien importantes, porque te permiten cargar el país contigo adonde vayas